

ESCENA VIII

El MAESTRO y PIZARRO.

MAEST. Ea, que esperando estoy.
 PIZARRO. Yo tengo un poco que hacer.
 Hágame tanto placer que se quede esto por hoy, pues no hay mucho hasta mañana.
 MAEST. ¿Qué modo de hablar es ese? Daréis lición, aunque os pese; llegad.
 PIZARRO. Tengo poca gana. Váyase con Dios maeso.
 MAEST. En azotándoos, sí haré. Daos prisa.
 PIZARRO. ¿Azotes ó qué? soy ya grande para eso.
 MAEST. ¿Pues por qué no seréis grande para afrentaros de ver que no aprendéis á leer?
 PIZARRO. ¡Qué donosa afrenta! ¡Andel! ¿No habrá habido muchos nobles que sin leer y escribir sepan vencer y lucir?
 MAEST. Sí, entre encinas ó entre robles.
 PIZARRO. Eso de encinas es cosa con que muchos presumidos me dan en cara nacidos, no de sangre generosa, pero de villana sí, y aun de tan poca opinión...
 MAEST. Dejáos de eso, y dad lición.
 PIZARRO. Y si lo dice por mí, quiero advertirle al maeso que por mejor he tenido ser en duda bien nacido que en certidumbre confeso.
 MAEST. Yo soy tan...
 PIZARRO. ¿De esto se siente?
 MAEST. Honrado...
 PIZARRO. ¡Válgame Dios! Sosiéguese.
 MAEST. Como vos, que en fin sois un bastar...
 PIZARRO. Miente; y antes que pronuncie el do, tome y sea bien criado.
 MAEST. ¡Muerto estoy!
 PIZARRO. Y yo vengado. (Vase.)
 MAEST. ¡Ay, cielos!

ESCENA IX

El MAESTRO, DON FRANCISCO y DOÑA BEATRIZ.

FRANCIS. ¿Qué es esto?
 MAEST. Dió muestras ese que arrojaron sus padres mal satisfechos, como sobras y desechos del ser que en él despreciaron, de cuán necio determina domesticar una fiera quien del modo que en la cera quiere labrar en la encina. Hirióme tras no querer,

como suele, dar lición.

FRANCIS. (A Beatriz.) Las alas de tu afición por fuerza habjan de tener, Beatriz, tan torpe suceso. ¡Vive Dios! que he de matarle á azotes. Id á buscarle.

BEATRIZ. ¡Señor!...

FRANCIS. Si fuera travieso con otros como lo ha sido, disculpárale la edad; mas tanta temeridad que á su maestro haya herido, ya de atrevimiento pása. Yo mismo le he de buscar.

BEATRIZ. Oye, espera.

FRANCIS. Esto es criar hijos ajenos en casa. (Vanse los dos.)

ESCENA X

Doña BEATRIZ.—Sale DON MARTÍN.

BEATRIZ. ¡Ay, prenda del alma mial ya pronostico tu daño. Mi padre airado... ¡Es extraño tantos males en un día! Don Martín, templad enojos si verme viva queréis. A mi padre conocéis: son terribles sus enojos. Si no le vais á la mano alguna desgracia espero. Mirad que á Francisco quiero más que á mí, y que será en vano vivir sin él.

MARTÍN. Yo sin vos, imposible. Voy tras él. (Vase.)

BEATRIZ. ¿Qué es esto, estrella cruel? ¿Pérdidas de dos en dos? Por mejor la muerte elijo: ó ejecutalda hoy en mí, ó ya que al padre perdí, no pierda también al hijo. (Vase.)

ESCENA XI

Salen DON GONZALO y HERNANDO CORTÉS, mancebo.

GONZALO. ¿Hernando Cortés? ¿sobrino? ¿vos en la Zarza? ¿á qué fin? juzgábaos yo en Medellín.

CORTÉS. Tras sí me lleva el camino que Fernando y Isabel, reyes nuevos de Castilla, hacen á la maravilla de Guadalupe, y en él busco galas cortesanías.

GONZALO. Siempre vos os inclináis á cosas grandes. ¿Dejáis buenos vuestros padres?

CORTÉS. Canas y años son enfermedades. Mi padre Martín Cortés anda achacoso después de sesenta Navidades.

GONZALO. ¿Tiene doña Catalina Pizarro salud?

CORTÉS. Y muestra dicha en ser hermana vuestra con que á imitaros me inclina.

GONZALO. Ya estáis grande.

CORTÉS. Y pesaroso de que, estándolo, no haya hecho cosa hasta aquí de provecho.

GONZALO. Sois extremeño animoso: heredáis de vuestra tierra y sangre el noble verdor que enciende vuestro valor. Pronósticos hay de guerra con Portugal; brevemente se os cumplirá ese deseo.

CORTÉS. Esa ocasión (según creo) trae los reyes con su gente á presidar sus fronteras; porque Alfonso portugués, pide á Castilla después que, fundándose en quimeras del cuarto Enrique, se casa con doña Juana su hija.

GONZALO. Ese hombre la probija quien por la opinión no pasa que Enrique en Castilla deja; pero desinteresados contra los apasionados la llaman la *Beltraneja*.

CORTÉS. No sé en eso lo que os diga; siempre he guardado respeto á mis reyes.

GONZALO. En efeto, cada cual su parte siga; que si hay guerra, no tan malo para los que no tenemos otra herencia.

CORTÉS. Ya que os vemos aquí, señor don Gonzalo, (digo en España) después que en Nápoles habéis dado muestras de tan gran soldado, desbaratando al Francés, ¿qué hacéis en pueblo tan corto?

GONZALO. Experimentar engaños de amor, después de doce años de ausencias: penas reporto que me causa una hermosura de quien me juzgaba dueño.

CORTÉS. ¿Hermosura en tan pequeño lugar, y no está segura? Si es noble ¿quién puede aquí usurpárosela?

GONZALO. Mudanzas que ofenden mis esperanzas. Palabra de buscar dí á un mancebo, y os prometo que me importa el sosegar mil sospechas: dad lugar á que averigüe un secreto, y volvámonos á ver. Iremos á Guadalupe juntos.

CORTÉS. Nunca de amor supe: gran cosa debe de ser, pues tanto os desasosiega.

GONZALO. Si queréis que os acompañe. Cuando dudas desengañe

os diré hasta dónde llega el rigor que me amenaza; pero conviéndeme ahora ir solo; dentro de una hora podréis buscarme en la plaza y haremos nuestro camino.

CORTÉS. Será apacible con vos;

yo os buscaré luego.

GONZALO. Adiós. (Vase.)

CORTÉS. ¡Qué poco al amor me inclino!

ESCENA XII

HERNANDO CORTÉS.—Salen CARRIZO y PULIDA.

CARRIZO. Sí, escondelde, que es la pieza digna de guardar.

PULIDA. ¡Pues no!

CARRIZO. El diablo acá mos le echó. Verá qué temprano empieza.

PULIDA. Todo mochacho travieso viene, cuando grande, á ser hombre de pró y de valer.

CARRIZO. ¡Descalabrar su maeso! Pardiez, que no hiciera más Roberto el Diabro. Crialde, morios por él, regalalde.

PULIDA. Carrizo, pesado estás; ¿si el otro agravio le hacía y le llamó desechado?

CARRIZO. ¿Vos, en fin, no le heis criado? Cual el ama, tal la cría. Pues yo os juro si le coje el viejo (que tras él anda) que ha de llevar una tanda cual digan dueñas.

PULIDA. Se enoje ó no, yo le tengo acá, y aunque venga la josticia no le he de dar.

CARRIZO. ¡De codicia es el niño!

PULIDA. Si será.

CARRIZO. Pardiós que no tién más miedo que Gaíferos á Sansón.

PULIDA. Es de bravo corazón.

CARRIZO. ¿Pues decir que se está quedo? Apenas los bolos vió y á los zagales jugando, cuando la bola agarrando todos nueve los birló.

PULIDA. Sabe mucho, y es pracer ver que de doce años solos venza á todos.

CARRIZO. Sí, á los bolos, es verdad, mas no á leer.

ESCENA XIII

DICHOS, y salen CRESPO, BERTOL y otros pastores contra PIZARRO, y él con una bola de bolos tras ellos.

PIZARRO. Nadie se me descomida, si no es que tiene pesar de vivir.

CRESPO. ¡Descalabrar á su maeso!

- PIZARRO. ¡Por vida de don Francisco Cabezas, mi señor!
- CORTÉS. *(A los pastores.)* Tened: ¿qué es esto?
- PIZARRO. Que al que llegue descompuesto...
- CORTÉS. Jamás consentí bajezas. Apartaos allá, villanos. ¿Contra uno tantos?
- PIZARRO. Ya digo que no se metan conmigo ó se guarden de mis manos.
- CARRIZO. ¡Tomaos con el rapacito! Polida, ved el zagal que criáis.
- PULIDA. No le hagan mal, y él no le hará. Francisquito, buena Pascua te dé Dios; al que te la hiciere, dale.
- BERTOL. ¡A fe que si el viejo sale!
- PIZARRO. ¡A fe si os llegáis los dos!
- CORTÉS. Bárbaros, quitáos allá! ¿Cómo no tenéis empacho de venir contra un muchacho tantos juntos?
- CRESPO. Porque está endimñado.
- BERTOL. Hijo, en fin, de una encina.
- PIZARRO. Madre es mía; mas no hay encina judía como quizás algún ruin de los presentes.
- CRESPO. Por vos lo dijo, Carrizo.
- CARRIZO. Apelo.
- PIZARRO. Yo tengo por padre al cielo, una encina debo á Dios por amparo, que de cuna me sirvió. Si infame fuera quien me parió, no sintiera desgracias de la fortuna, ni al desierto me arrojara, luego noble debió ser. Quien no tiene que perder, poco en hazañas repara. ¿Qué me perseguís, villanos? ¿Rómulo y Remo no fueron reyes? ¿Principio no dieron á los Césares romanos? ¿Qué importa que los deseche la fortuna, al noble esquivada, si contra ella, compasiva una loba les dió leche? ¡Vive Dios! que el que otra vez encinas me ose nombrar que le tengo de ahorrar de achaques de la vejez.
- CORTÉS. ¿No sabremos lo que ha hecho este muchacho?
- CARRIZO. Es muy luenga esa historia: no habrá lengua que dejándoos satisfecho os cuente sus travesuras.
- BERTOL. Hará aquí, si se le encaja, por quitame allá esa paja, treinta descalbraduras. No se puede averiguar
- todo este pueblo con él.
- CARRIZO. ¡Malos años! es la piel del diablo.
- CRESPO. Quisole dar lición agora el maeso, y sobre dalla ó no dalla le metió por atajalla todo un cochillo hasta el hueso. Huyó á casa de Polida, *(que es ésta, que le dió el pecho)* y como si no hubiera hecho cosa ninguna en su vida, con mucha frema se puso á birlar bolos. El amo *(ansí á un caballero llamo que le ha criado)*, confuso de tan grande atrevimiento, mos ha enviado á buscallo porque quiere castigalle; mas él, que no está contento con lo hecho mos la jura.
- CORTÉS. ¿Que á quien le enseñaba hirió? Eso no lo apruebo yo.
- CARRIZO. No tién respeto ni al cura.
- CORTÉS. Azotarle.
- BERTOL. *(A Pizarro.)* Llegaos, ¡hola!... *(Pizarro amenazando con la bola.)*
- PIZARRO. Ténganse que estoy resuelto.
- CARRIZO. Llegad.
- PIZARRO. ¿Mas que si la suelta que me llevo tres de bola? *(Llega Hernando Cortés á quitarle la bola, y porfian los dos con ella.)*
- CORTÉS. Suelta, rapaz.
- PIZARRO. Hola, hidalgo, no os metáis *(que no os conviene)* en lo que no os va ni viene.
- CORTÉS. ¡Acaba!
- PIZARRO. ¿Apostemos algo que os he de birlar los cascós?
- CORTÉS. ¿Hay atrevimiento igual? ¡Vive Dios!
- PIZARRO. Soy natural de encinas y de carrascos: pegóseme su dureza. Si por fuerza la queréis, guardad que no la llevéis encajada en la cabeza.
- CORTÉS. No sufro locuras yo.
- PIZARRO. ¡Oh! pues yo soy muy sufrido. Tomalda. *(Tiran de la bola cada uno para sí, y quédase cada uno con la mitad de la bola.)*
- CORTÉS. ¡Suelta, atrevido!
- ¿Qué es esto?
- PIZARRO. En dos se partió.
- CARRIZO. ¿Hay cosa igual?
- CRESPO. Pues no estaba hendida y de encina se hizo.
- BERTOL. ¿Qué decís de esto, Carrizo?
- CARRIZO. ¡Brava cosal!
- BERTOL. ¡Y como braval!
- CORTÉS. ¿Quién eres, rapaz valiente, que tanta fuerza has tenido?
- PIZARRO. Mas ¿quién sois vos, que habéis sido para tanto?

- CARRIZO. ¡Hola! ¿qué gente es esta que va llegando?

ESCENA XIV

Dichos y sale un PAJE.

- PAJE. Los Reyes en el lugar. Venid, vereislos pasar.
- CORTÉS. ¿Quién?
- PAJE. Isabel y Fernando, que han de entrar hoy en Trujillo.
- CORTÉS. *(Ap.)* No puedo dejar de vellos, si bien voy por los cabellos. Confuso me maravillo; misterio debe esconder suceso tan raro y nuevo. ¿Queréis, gallardo mancebo, que nos volvamos á ver?
- PIZARRO. ¿Yo, por qué no?
- CORTÉS. Pues, adiós, que ya os miro con respeto, y hemos de ser, os prometo, grandes amigos los dos.

(Vanse todos sino es Pizarro.)

ESCENA XV

PIZARRO.

¡Válgame Dios! ¿Daré fe á presagios contingentes? No, que, en fin, son accidentes sin que causa se les dé; pero también de otros sé *(si he de creer lo que oí)*, que sucedieron así verificando apariencias: para Dios no hay contingencias, mas para los hombres sí. Ninguno en el mundo ha habido de principios prodigiosos que con hechos hazafiosos no se haya opuesto al olvido. Contar de Abidís he oído, *(rey de España celebrado)* que á las fieras arrojado por su abuelo, al viento, al mar, después, viniendo á reinar, fué como Dios adorado. Que criaron las palomas á Semíramis sabemos: muchos Rómulos y Remos nos fundaron muchas Romas. Si ejemplos en éstos tomas, valor coronas te labra; la fortuna dió palabra de ayudar á la osadía: si una loba reyes cria, leche me dió á mí una cabra. Un globo, bola ó esfera es la insignia en que sucinta su figura el mundo pinta; en su mano la venera el César: ¿será quimera el creer que la mitad del mundo, felicidad

á mi esfuerzo prometió? Esta bola se partió por medio: alma, adivinad. Aquel mancebo se lleva la una parte, y me ha dejado con la otra nuevo cuidado y en él esperanza nueva. Quien dificultades prueba, felicidades conoce: conquiste Alejandro y goce el mundo, venciendo extraños, que si empezó en doce años, yo le imito de otros doce. Seré Alejandro Segundo. ¿Fué más de un hombre? hombre soy; con el medio mundo estoy, conquistaré un medio mundo. Fortuna, en esto me fundo; vida espero prodigiosa; favoréceme amorosa, que en los pechos invencibles para acabar imposibles *todo es dar en una cosa.*

ESCENA XVI

Doña BEATRIZ y PIZARRO.

BEATRIZ. Gracias á Dios que los Reyes el enojo han divertido de mi padre, que intentaba con mi llanto tu castigo. Su venida á nuestra aldea me permite darte aviso de misterios que no sabes, mientras á verlos ha ido. Aquel hombre *(si merece este título, Francisco, quien por no guardar palabras, perderme y perderte quiso)*; aquel con quien te dejé, cuando mi pena te dijo que injurioso bienhechor juntó á agravios beneficios, es tu padre, y ¡ojalá que juntando al apellido de tu madre el de su esposa disculpara el desatino! No fui digna de este nombre, puesto que si el ser principio de tu vida y mis desgracias, de tu agravio y sus olvidos. Lograba yo verdes años, que autorizaban floridos el recato siempre honesto de las damas de Trujillo, aunque sin madre, segura entre los cuerdos retiros de una casa, cuyo alcaide fué el honor, cuyo presidio fueron honrados respetos, por herencia bien nacidos, por ignorancia engañados, por confianzas perdidos, cuando ¡ay, rigurosos cielos! Gonzalo Pizarro vino á mi patria *(de esta suerte*

se llama quien causa ha sido de desdichas incurables) con galas ostentativo, dadivoso con los pobres, cortesano con los ricos. Visitónos una vez, doméstico por vecino, discreto por estudiante, conversable por amigo; y puesto que en Salamanca repudió escuelas y libros por plumas y espadas nobles, engaños trujo consigo, profesión de sus escuelas, que, sirviéndole de hechizos, vencieron descuidos castos, desdichados por sencillos. Vióle el alma por los ojos, y estos (como son ministros de amor) pintándole en ellos hicieron tan bien su oficio, que admitiendo los cohechos de su taller (¡ay, Dios, mi hechizo!) vendieron mi libertad, ella simple, ellos Bellidos. Conformidad de deseos, correspondencia de signos, igualdad florida de años, comunicación de niños, juntándose la ocasión y añadiéndose artificios, ¿qué murallas combatieran que les negasen portillos? Obligáronme asistencias, engañáronme suspiros, inclináronme papeles y dispusiéronme olvidos de mi padre en dar me estado, que muchas veces ha sido la tardanza en el remedio de los descuidos castigo. Solicitó á doña Juana de Añasco (de quien es primo, y de quien sobrina soy, bien que por grados distintos) á que pidiese á mi padre que al celebrar un bautismo de quien madrina la hicieron, gozase ratos festivos. Concediólo, fui á su casa, y en ella escondió al peligro para asaltar inocencias el interés persuasivo. Halléme sola con él, resistiéndose al principio respetos de honor honestos, pero vencieronse tibios á hechiceras diligencias y á juramentos fallidos de honestar con yugo santo amorosos descaminos. Creíle (que no debiera), y rendí á este engaño antiguo prendas que por confiables lloran después desperdicios. Volví al paso que injuriada amante, y llevé conmigo,

si nó el arrepentimiento, la pena de mi delito, pues como el caballo griego admitieron riesgos vivos de mi vida mis entrañas tiranizando su hospicio. Creció el tumor con el tiempo, y si bien el artificio palió publicidades, se acercara ejecutivo el plazo de mis afrentas, si el cielo (á un tiempo benigno y riguroso) no fuera cuando fiscal mi padrino. Una noche que á mi hermana rondaban intentos limpios de quien agora es su dueño, y entonces su amante digno de recíprocos cuidados, tu padre, que con indicios celosos, mas no con causa dió crédito á desvarios, y alentando desconciertos le imaginó amante mío, equivocando papeles las desdichas con que lidio, á mis puertas, en efecto, sosegados sus vecinos, añadió á palabras obras que le dejaron herido, y achacándome mudanzas tomó de Italia el camino fiando hazafioso en Marte remedios contra Cupido. Cenaba mi padre entonces, y alborotado á los gritos que daban á sus umbrales, si no el temor, los peligros, abrió las puertas, y en ellas riguroso y compasivo conjeturaba la muerte disfrazada en parasismos. La vejez (que toda es honra, y está toda discursivos recelos) imaginó si le hallaba en aquel sitio la malicia de la plebe riesgos de fama (que el vidrio en manos del vulgo loco amenaza precipicios). Mandó aderecer caballos á un coche, y dentro de él hizo que el casi cadáver metan, y antes que el sol diese aviso de nocturnos desaciertos, sin permitir preveniros, á esta aldea nos traslada, sacando yo por indicios del caso y su condición que intentaba vengativo, por no oír deshonras muertas sepultar temores vivos. Buscaba para este efecto cómplice que siendo amigo secretos no profanase, y mientras que toda arbitrios discurría la venganza

el cómo, cercado vino de riesgos y de dolores el plazo, si antes temido, ya en mi pena ejecutado, amenazando castigos, cunas que tumbulos fuesen mortal fin, vital principio. Cobró la necesidad esfuerzo: ¡qué mal que dijo quien llamó al temor cobarde! mejor dijera atrevido). Mi padre fuera de casa, y yo en riesgo tan preciso salí (ahogando en el silencio mil pregoneros gemidos) al desierto por la huerta. Abrióme el cielo un postigo. La casa estaba en el campo, como el sueño en el dominio de las tinieblas piadosas. Siendo esta noche propicios montes, tinieblas, secretos á desgracias sin registros; naciste, en fin, en los brazos de la fortuna, y convino fiarte de sus mudanzas, permitiéndote á su arbitrio, por no fiarte á tu abuelo, y, envuelto entre los armoños de un rebozo, que la noche más que el discurso previno, el cóncavo y duro tronco de una encina fué, Francisco, sucesor de mis entrañas, puesto que áspero, benigno. Dejéte cruel piadosa, llorando tus desabrigos, y apresurando los pasos diligencias solicito á que mi ausencia reparen; y apenas de ti divido los ojos (pero no el alma) cuando en mitad del camino dos hombres hallo. Fiéme en su piedad (¿qué prodigios en tu extraño nacimiento no vencen los inauditos?) Con el socorro de un manto cubierta al más viejo pido que te ampare, disfrazando verdades con dos sentidos. Prosiguiéndolas estaba cuando (escucha otro peligro) conozco, casi mortal, que es mi padre á quien las digo, Turbóme el riesgo impensado de suerte, que compasivo, casa y amparo me ofrece que yo agradezco y no admito. Roguéle que me guardase el tesoro que escondido confiaba á su nobleza; dile las señas del sitio, y ausentándome animosa hallé en casa regocijos sucesores de mi llanto que encubrieron mi retiro:

á don Alvaro en su acuerdo; á su padre dando alivio con su vida á sus pesares, y á tu abuelo que contigo en los brazos admirado, tu hallazgo (nunca otro visto) contaba, tan amorosa como si hubiera sabido que sin riesgo de su fama eras su nieto y mi hijo. ¡Disposición de los cielos, que así eslabona prodigios! Afirmónos que una cabra te daba leche, y previno pronósticos tal milagro que en tí asombren este siglo. Profetizaba ignorante lo que fuiste, pues me dijo que cual madre te criase: ya tu ves si lo he cumplido. Doce años las esperanzas de tu desagradecido padre, que legitimarte siendo mi esposo, no quiso, entretuvieron deseos que consolados contigo, resistieron persuasiones de quien con ruegos continuos, y preceptos y obediencias, siendo mi esposo, han podido obligarme á nuevo imperio por no ocasionar castigos. Caséme, y volvió tu padre cuando te imposibilitó á legitimar tu fama: mira si con razón digo que á don Gonzalo le debes más que á otro hombre, siendo su y si hay á quien debes menos, [hijo, pues pudiéndolo, no ha querido darte el blasón que te falta, que yo á segundo dominio sujeta, es fuerza olvidarte, si en tanto amor cabe olvido. Padre tienes generoso; tu abuelo por mal sufrido y travieso te aborrece; acostumbrado á peligros estás, no sabrás temerlos; de portentosos principios naciste, sigue su estrella, y si los consejos míos apruebas; pues que tu padre fué tan severo contigo, herédale en las hazañas, serás hijo de tí mismo. (Vase.)

ESCENA XVII

PIZARRO.

Madre, yo lo cumpliré si el valor á que me inclino, los presagios que me amparan, las esperanzas que animo no me salen mentirosas. Yo, que repudiado he sido

de ti, cuyo honor no quiere
que me intitule tu hijo;
yo, que del ser que me han dado
los empeños desobligo,
pues avariento mi padre
ha injuriado este apellido,
hijo de ninguno soy;
no tengo padres, no admito
ascendientes que me agravien;
en mis obras legitimo
el nuevo ser que restauro,
las hazañas á que aspiro:
deudor de mí mismo soy,
hijo seré de mí mismo.
Yo malograré mis años
¡viven los cielos propicios!
si á pesar de inconvenientes
medio mundo no conquistó.
No tendré nombre hasta entonces;
no sabrán de qué principios
procedo, no temeré
ejércitos de enemigos,
montes de dificultades,
nafragios jamás creídos,
desiertos nunca pisados,
arduos hasta el cielo riscos.
La media esfera que gozo
es medio mundo; así explico
el pronóstico, que en ella
todo un orbe ha dividido.
Yo he de dar desde hoy en esto,
ó morir ó conseguirlo:
todo es dar en una cosa,
donde hay valor no hay peligro.

JORNADA TERCERA

ESCENA PRIMERA

Salen un PAGADOR y un CAPITÁN.

PAGADOR. ¡Plegue al cielo que estas paces
sean sin fin!

CAPITÁN. ¿Para qué?
Nunca cosas deseé
de nuestra vida incapaces.
Déles Dios paz á las monjas,
tenga paz el labrador,
paz pida un adulador,
(que en la guerra no hay lisonjas)
paz el avaro, que encierra
usuras, paz el letrado,
paz el cura, y el soldado
tras una guerra otra guerra:
¿tenemos otro caudal?
Bien comeremos por vos,
Pagador, si os oye Dios.

PAGADOR. Son Castilla y Portugal
en la nobleza y hazañas
(puesto que competidoras
y de sus armas señoras)
honra de las dos Españas.
Mientras ellas entre sí
se destruyen, triunfa y crece

el moro y se ensoberbece
viéndonos andar así.
Quitemos á esta Granada
la corona que Ismael
la puso; doña Isabel
y Fernando (sosegada
Castilla) pisen sus granos
y gocen de sus tesoros:
conquistemos reinos moros
viviendo en paz los cristianos;
que es afrenta que un rincón
que sólo al alarbe queda
en tantos años no pueda
limpiarle nuestra nación.
Barramos esta basura
que por setecientos años
á costa de tantos daños
y tantos peligros dura.

CAPITÁN. Escobas tienen de fuego
nuestra Isabel y Fernando,
que ya el moro está temblando,
y á ver en su vega llevo
malograrles su cosecha.

PAGADOR. Escoba es la Inquisición
(de estos reyes fundación)
que llamas toda, aprovecha
tanto contra la cizaña
que sembró la pravedad
blasfema.

CAPITÁN. Con la Hermandad
y Inquisición vive España;
pero mientras que Fernando
tala al morisco su Vega
y el tiempo dichoso llega
que está el bautismo esperando
en que á pesar de andaluces
infielos su Alhambra vea,
si con lunas se platea,
que la eclipsan nuestras luces,
decidme, pues lo sabéis,
de estas paces los contratos.

PAGADOR. Para nosotros baratos
si sus condiciones veis.
Después que aquel gran Girón,
Maestre de Santiago,
venció la del Albufera
contra portugueses tantos
y las quiebras restauró,
celebradas por milagro,
que llaman de Aljubarrota
por romper los castellanos;
la Infanta doña Beatriz,
que viva nestoreos años
y es tía de nuestra reina,
duquesa del noble estado
que se intitula Viseo,
suegra de don Juan el Sabio,
Príncipe de Portugal
y del mundo espejo raro;
deseosa de que vuelva
á España el siglo dorado
que Marte convirtió en hierro,
las puertas abriendo á Jano,
para atajar competencias
tomó prudente la mano
en apaciguar naciones
de dos reinos casi hermanos,

y convidando á los nuestros
el Católico Fernando
que del solio aragonés
iba, á pesar del navarro,
á tomar la posesión
por muerte de aquel anciano,
asombro de la milicia
que dió laurel á sus años,
(el segundo rey don Juan
de Aragón, digo) el cuidado
de estas paces remitió
á nuestra Isabel, espanto
de los vivos, sol hermoso
cuyos generosos rayos,
como dan luz á los buenos,
ciegan y abrasan los malos.
Concertáronse, pues, vistas
sobre la Puente de Tajo
en Alcántara, que es linde
de los dos reinos contrarios,
que dichas concluyeron
á los postreros del Marzo
presente, que es el de mil
cuatrocientos y ochenta años,
y fueron las condiciones
principales, que quitando
el rey don Alfonso el quinto
los leones cuarteados
y castillos de su escudo
no se llame el lusitano
rey, desde hoy, de Castilla,
como por el mismo caso
ni los nuestros se intitulen
de Portugal reyes, dando
por ningunos los derechos.
Item, que ofrezca la mano
doña Juana, la pretensa
Princesa, la que llamaron
Beltraneja maliciosos,
y de don Enrique el cuarto
heredera, confidentes
al nieto del rey, llamado
Alfonso, como el abuelo,
hijo de don Juan, quedando
de Portugal sucesores
después que falten entrambos.
Pero que si no quisiere
pasar por estos contratos
el niño Infante después
que llegue á perfectos años,
la portuguesa corona
dé luego cien mil cruzados
á doña Juana, la cual
pueda, si gusta, entretanto
en un monasterio ilustre
dar al mundo desengaños,
envidia á sus enemigos
y á sus pesares descanso.
Que á rebeldes de Castilla
se les cierre puerta y paso
para ampararse en su reino
contra el nuestro conspirando;
y que toda la conquista
que margena el Oceano
por las africanas costas
quede eternamente á cargo
de las quinas portuguesas,

sin que por sucesos varios
que intente el tiempo, Castilla
tenga derecho á estorbarlo.
Que queden como en rehenes
hasta cumplirse estos tratos
en poder de la Duquesa
de Viseo, por un año,
en el castillo de Mora
el niño Alfonso, al regalo
fiándole de su tía
y el clavel del mejor Mayo
que vió la naturaleza,
(la Infanta digo, retrato
en la hermosura y el nombre
de nuestra reina) con tanto
que el portugués deje libres
los pueblos que en los asaltos
de esta guerra nos usurpa,
y nos entregue otros cuatro
de los suyos por seis meses.
Uno ha que se publicaron
en las dos cortes, haciendo
universalmente aplauso
lo plebeyo y generoso
de ambas coronas, trocando
en regocijos y fiestas,
muertes, peligros y agravios.
Ya á sus reyes reducida
la condesa, aquel gallardo
espíritu belicoso,
digno de inmortales lauros,
de doña Beatriz Pacheco,
que en Medellín sus vasallos
por Semíramis pretenden
dedicarla simulacros,
olvidadas competencias,
besa pies y la honran brazos;
y el Clavero, don Alonso,
de Alcántara, ya del bando
donde la lealtad le alista,
muestra que si fué Alejandro
en hazañas, ya es Monroy,
blasón generoso y claro.
Ya el gran marqués de Villena
con el valiente Primado,
Pacheco uno, otro Carrillo
enojos reales templaron:
todo es paz, todo sosiego.
Permitan los cielos santos
que lo que las discusiones
hasta este tiempo turbaron
lo restaure la concordia
y que contra el africano,
reliquias del vil profeta,
esfuerzo y armas juntando,
á nuestra ley reducida
trueque Granada los granos
en diamantes por rubies
que Isabel goce y Fernando.

ESCENA II

DICHOS y ROLEDO, soldado.

ROLEDO. Ya puede vuestra venganza
gozar, señor Pagador,
si es el vengarse valor;